

# Catequizar en tiempos de inclemencia: Del magisterio de la sospecha al ministerio de la ingenuidad

CARLOS DÍAZ

## I. MAESTROS DE LA SOSPECHA

Hasta el Renacimiento, la Reforma, y la Ilustración nada aconteció fuera del Acontecimiento o Buena Noticia. Había hombres disolutos e intratables prójimos, no faltaban los nigromantes o los herejes, pero dentro de un orden, que el disidente a la vez rompía y restauraba en su calidad de excepción de la regla. Ese orden cósmico tenía una arquitectura piramidal: Arriba Dios, en el centro Dios, por sobre todas las cosas Dios; lo pensable y lo impensable, nada al margen de Dios, suma media de lo existente en cuanto a tal.

El hombre había sido creado a imagen y semejanza de Dios, tal como exigía la divina bondad para la humana naturaleza; para él parecía haberse reservado el centro del cosmos, en cuyo espacio privilegiado habitó. El Jardín del Edén ¿cómo hubiera podido pensarse en un rincón cósmico? Dios arriba, abajo la creación, y en el centro de ella —bien redonda— la tierra magnífica. En el corazón del amor quedaba amado el hombre mismo: *Beatus ille*.

Pero vino la ciencia, esa curiosa inevitable, y todo lo desbarató: Copérnico, Galileo, Kelper, Newton y compañía se empeñaron en abajar al hombre de su pedestal; ni su morada cósmica estaba inmóvil, ni siquie-

ra ocupaba el centro de lo real; para más deshonra la estrella en torno a la que circunvalaba resultó tener manchas, vistas a través del telescopio de Ticho Brahe: ¡Ah, de-solación! El hombre perdía así el trono azul que sólo un complicado cuento de hadas había forjado a base de epiciclos, aferentes, eferentes, motores inmóviles y trampas ptolomai-cas y aristotélicas.

Y por si este palo hubiera sido pequeño los renacentistas se empeña-ron en tomarse al pie de la letra el «seréis como dioses», y ahí les tien-es acercando lo divino a lo humano hasta el punto de con-fundirlos con filosofías de corte panteísta, algunas de las cuales acabaron en la hoguera como en el caso de Giordano Bruno. Esos renacetistas, por otra parte, no paraban de viajar, descubrían mundos nuevos, Américas con indios sin lealtad a la cosmovisión cristiana, desnudos como la naturaleza les trajo al mundo, un puritito error y un horror que dejaban atónitos a los cristianos viejos. Comenzaba la fatigosa carrera contra el reloj de la historia hasta entonces parada aparentemente.

Por otra parte la cristiandad se escindía, y los príncipes guerreaban bajo el lema «cuius regio eius et religio».

La Ilustración vino a dar el último palo al viejo orden; los enciclopedis-tas, los «esclarecidos» no creían ya en un Dios con rostro a cuya imagen había quedado imaginado el hombre; ellos se contentaban con un Arquitecto, con un Diseñador que una vez ideado el producto le daba la espalda, sin la solicitud del Padre en que se creyera en otro tiempo. ¿Adónde iba a ir el hombre a partir de este momento, dónde la consola-ción que la cultura le negaba? El siglo XVIII fue el de la primera pérdi-da sustancial: la Iglesia se quedó sin intelectualidad, probablemente por su propia cerrilidad intelectual, en la que continuó empecinándose más tarde. Los ilustrados, sin embargo, eran gentes dispuestas a todo, bajo el lema «Sapere aude» («Atrévete a saber»).

Fue en siglo XX la segunda pérdida de la Iglesia, al separarse de las clase trabajadoras. Pocos, sin embargo, subrayan un hecho significati-vo: que en la primera reunión de la Primera Internacional de Trabaja-dores los obreros reunidos en aquellos años sesenta, puestos en pie, comenzaron a rezar celebrando su encuentro, que habían realizado a pesar de sus sacrificios, las persecuciones, la miseria, y el horror. Aquellos hombres, apenas nuestros abuelos, con los pies descalzos y sangrantes, pues muchos de ellos habían venido andando hasta su punto de en-cuentro, tenían voluntad más teocéntrica que prometeica. Muy pronto, sin embargo, anarquistas, socialistas utópicos y marxistas iban rene-gando de su condición cristiana. Lo de menos quizá fueran las teorías (el mismo Bakunin cincuentón todavía era creyente). Las teorías

vinieron luego a mostrarse importantes en orden a la increencia sólo cuando se había consumado la escisión respecto a la Iglesia. Las más corrosivas especulaciones de Marx no hubieran podido nada en un proletariado creyente. Al final, sin embargo, la hemorragia resultó incontenible, por el doble rechazo de lo divino y aun de lo humano, pues el marxismo sólo consideraba humana la parte «buena», la proletaria, y hasta rechazaba como prehistórica toda sociedad anterior a la comunista, mientras justificaba cualquier violencia contra los «pre-hombres». Bakunin, por su parte, al injuriar a Dios se situaba como quien se siente huérfano e increpa desesperadamente lo que a pesar de todo desea con toda su alma.

Y el siglo XX continuó con la «sospecha» de Marx en Freud y en Nietzsche. Aquel no sólo no rechazó a Dios, al que buscó sustituto en la mera naturaleza, sino que cuestionó la unidad del hombre, al que triseccionó en un «ello», un «yo» y un «super yo». Por su parte, Nietzsche llevó más lejos que nadie el repudio del cosmos cristiano, con su rechazo de la moral de las Bienaventuranzas y con su violencia requisitoria contra cualquier forma de bien o de mal que no fueran las postuladas por él.

No vamos a buscar aquí vencedores ni vencidos, pues la historia no ha de verse como campo de batalla plagado de cadáveres, sino como un esfuerzo humano por dar respuestas a unas preguntas, esfuerzo a la vez virtuoso y desvirtuado donde lo mejor y lo peor portan una misma energía y son tan inseparables como el trigo y la cizaña. La Iglesia se equivocó lo mismo que sus detractores; ni la lectura maniqueo-progresista tiene la mejor solvencia, ni la eclesiástico-conservadora el menor sentido. Debemos a todos los «sospechantes» bellas aportaciones sobre lo humano y lo divino: ¿Acaso Marx no nos ayudó a entender determinados mecanismos sociales? ¿Freud no desveló complejidades irrecusables de un ser maravillosamente inagotable como el hombre? ¿Nietzsche no desenmascaró ciertas hipocresías? Pero ¿cómo ignorar esos veinte siglos de abnegado amor de la Iglesia a pesar de sus siglos de hierro y de su permanente carnalidad institucional? Sólo un ciego (o un cegado) podría rechazar esa óptica.

Nuestra tesis, pues, es esta: Según pasa el tiempo *la historia se ve como muestra de la reconciliación*, como banco de prueba de las impaciencias a las que derrota. La humana especie es todavía muy joven, y mientras haya historia habrá esperanza. *Lo difícil es practicar la reconciliación y mantener la esperanza desde el presente, y para con lo presente*. Sólo Dios es paciente y sigue ofreciendo setenta veces siete la misericordia que nos falta los mortales. ¿Y qué sería la democracia política sin este esfuerzo histórico de agradecer la verdad con independencia de su RH o de su portador, qué sería de un pueblo en democra-

cia política que no se toma la molestia de reconciliarse culturalmente, a pesar de que ello no signifique que «to er mundo e güeno»? Pero si se quiere dialogar habrá que agradecer lo bueno común, pese a discrepar fuertemente en lo que nos separa.

Resumiendo: *Sospechemos de los que creen demasiado en los maestros de la sospecha; sospechamos también y no en menor grado de los que creen que el ejercicio de la sospecha es a su vez sospechoso.* De lo único de lo que no deberemos sospechar es de la necesidad de saludar a Platón pero por encima de todas las cosas a la verdad. Y esta actitud no sólo es de ayer o es de mañana, sino, de siempre, de la cepa humana.

## II. LOS ULTIMOS MAESTROS DE LA SOSPECHA

Pero no se vive del mero recuerdo. Aquellos «maestros» están ya en nuestra diaria sopa, para bien y para mal pertenecen a lo más íntimo de la cultura contemporánea, incluso a las que quienes se pasan la vida negándoles ardorosamente el derecho a la existencia. Por mi parte creo que pertenecen también a la conciencia cristiana adulta, una vez que halla sabido despojarles de lo negativo y aprovechar lo mejor.

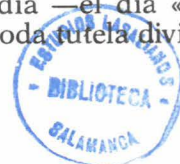
Hay quien tiene tendencia a la fijación histórica, y habla de los tres maestros de la sospecha con mentalidad fetichista, como si de Júpiter, Juno y Minerva se tratase —nueva triada capitolina de la indignidad (para los críticos) o del Olimpo (para los forofos)—. Creo sin embargo que hoy son ya otros los que conviven a nuestro costado, se reclinan con nosotros en nuestros diarios convivios, e imperan. Hablo de *Darwin*, *Comte* y *James*.

En efecto, vuelve el zoológico darwiniano, esa concepción de la existencia como lucha por la supervivencia donde los más aptos se desarrollan a espensas de los débiles. Pero el *Darwin* de hoy ha mutado. De él se conserva la idea de que el hombre, mono evolucionado, no es cualitativamente distinto de éste. Y si el hombre no tiene algo inmortal, llámese alma, psique, nous, o lo que se quiera, entonces ¿Por qué defender los derechos del hombre con más ardor que los derechos del perro? Nada extrañará que si apenas hay diferencia entre unos aminoácidos y otros a determinados perros se les trate como a hombres, y a ciertos hombres se les trate como a perros. Lo que es nuevo respecto del viejo darwiniano es su variante capitalista. En efecto, hoy desaparecen todas las materias primas no renovables, el hermano Ozono se contrae dejando un gran agujero por el que puede penetrar la inclemencia cósmica agostando la vida, todo ello por culpa de la ambición de los productores y de la ambición de los consumidores, sobre todo

por la irracionalidad de los Estados que —digámoslo eufemistamente— gobiernan el mundo. El ciudadano medio se ha vuelto en este ambiente un ecologista en potencia: alarmado por la escasez, y acostumbrado a un mundo en el que rigen las leyes de la oferta y la demanda, valora más lo escaso, y de este modo el oso panda o el águila real, en riesgo de real extinción, son más apreciados que los trabajadores argelinos, pues ¿no hay demasiados? Tamaña paradoja se produce hoy en el actual ecologismo de raíz darwiniana con horizonte capitalista: que el hombre vale menos que la naturaleza, que no se juzga ésta para aquel sino aquel para ésta —nueva versión del viejo judaísmo que ponía el hombre al servicio del sábado y no a la inversa—. Ello conduce en última locura a la occisión de los inocentes nonatos. En resumen: que en este zoologismo de corte moderno Dios Padre ha sido sustituido por la Diosa Naturaleza Madre. Dios no interesa, el hombre no interesa, sólo queda la tierra como instinto de supervivencia. *Del teocentrismo al antropocentrismo, y del antropocentrismo al terracentrismo* y a las parareligiosidades de corte reencarnacionistas, telúricas y órficas. El politeísmo vuelve de nuevo, toda vez que el monoteísmo real se traduce en un monotonoteísmo travestido, pues sólo se da culto a una cosa, Mamona, el dinero de iniquidad, aunque de muchas formas.

Otra vez nos encontramos hoy con una sospecha llevada al extremo, y por eso mismo invalidada en lo que pudiera podido inspirarla. Es cierto que la tierra es nuestra vida, que hemos de cuidar la vida, que la gratuidad respira por todos sus poros. Eso mismo debería llevarnos a defender toda la vida, desde el instante mismo de su fecundación. Y por ende nos habría de conducir al compromiso con las causas más altas. Lamentablemente no se hace así, según ese viejo adagio latino de *Corruptio optimi pessima*. Cuando parecían que los derechos humanos eran una adquisición histórica y una convicción común, he aquí que tenemos que volver a empezar, circunvalando la historia, y apostando por la paciencia del concepto. Nuevo meandro a la vista, marcha atrás incluso, deshilamiento del ovillo de Ariadna. Y sin embargo confianza en la paciencia de Dios, que no se cansa de la humanidad y que, esposo fiel de la Iglesia misma perdona setenta veces siete, las que fueren menester. Esto no impide que la historia sea una realidad con la que no se deba jugar; esto exige tener en cuenta que Dios es Amor, precisamente por lo cual quiere que todos vivan y agradezcan la convivencia sostenida en la gratitud y en la experiencia del perdón.

Decíamos que además de Darwin hoy consideramos a Comte maestro nuevo de la sospecha. Es así. Augusto Comte, fundador del positivismo, creía que la humanidad, abandonada su vieja condición infantil que todo lo hacía depender de Dios, llegaría un día —el día «S» de la sociología como ciencia rigurosa— a liberarse de toda tutela divina pa-



ra autonomizarse en la adultez de la racionalidad positiva, contando, pensando, midiendo, tocando. Ese universo táctil donde los mancos no podían creer, ese sería también el mundo en que sólo los positivistas podrían vivir. Nada, pues, de aquel «intellige ut credas, crede ut intelligas» de San Agustín (Sermo 43,7,9. Patr. Lat. 38,258); nada de que la fe preceda a la razón «ut fides praecedat rationem, rationabiliter visum est». (Epistula 120,I,3; Patr. Lat. 33,453); nada siquiera de una fe que buscara el entender, al modo de la «fides quarens intellectum» de San Anselmo; nada —en fin— de fe como garante de vida eterna capaz de llevarnos a lo ignoto, de Santo Tomás «Fides est habitus quo inchoatur vita aeterna in nobis, faciens intellectum assentire non apparentibus». (De Veritate q. 14 a 2). Sólo la humana razón métrica, mensura de todas las cosas.

Sin duda alguna también Comte impera hoy con un baño de Coca-Cola, mucho más positivista ella que la sociología del propio Comte. Cada vez son menos en los países capitalistas las personas que tienen paladar para la emoción religiosa, de ahí su escasa sensibilidad para lo ético, y su pura atencencia a lo estético según las reglas del marketing, toda vez que la estética sin la ética es tan pobre como la ética sin la religión (estamos, pues, con Kierkegaard en esto). *Pobres de los colectivos y de los individuos cuya racionalidad culmine en el universo operacional de los signos dólar*. Por malo que fuere lo religioso (y a nosotros, de todos modos, no nos lo parece), lo cierto es que el universo sociologista donde no ha lugar el misterio, la gratuidad, ni la racionalidad religiosa parece ya de suyo un cosmos poblado de zombis errabundos, y esa sí que es la «enfermedad principal de nuestro siglo» que Comte achacaba a lo religioso.

De todos modos, Comte nos hizo un favor, y hemos de agradecersele: Dios no es mensurable, no es tan «demostrable» como un problema matemático. No decimos que sea indemostrable, pero afirmamos que no es una entidad más. Es conocida la parábola del filósofo analítico Anthony Flew: dos científicos se encuentran de repente en la jungla con un claro que desde lejos parece un jardín. El creyente afirma que allí debe haber un jardinero, el agnóstico lo niega. El creyente modifica sus expectativas, y tras cada desengaño supone un jardinero distinto, para declarar al final que debe ser invisible, inodoro e inaudible. Pero entonces ¿qué diferencia habría entre el jardinero eternamente incomprensible, y un jardinero puramente imaginario, o sencillamente inexistente? (1).

---

(1) Cfr. el interesante libro de Hans Zirker: *Crítica de la religión*. Ed. Herder. Barcelona. 1985 (trata allí de Comte, Feuerbach, Marx, Freud y la filosofía analítica).

Precisamente la actitud de hombre de hoy ante el mundo no es la de buscar un fácil Dios jardinero, pero tampoco la contraria que defiende un Dios superfluo; quizá tengamos que decir con Wittgenstein (—con Wittgenstein, ¿por qué no?—) que «no es de extrañar que los problemas más profundos *no* sean propiamente problemas» («Und es ist nicht verwunderlich, dass die tiefsten Probleme eigentlich *kenie* Probleme sind». Tractatus 4.003). No son simples problemas, sino misterios, pero misterios constituyentes de la razón misma, misterios sin los que la pura razón se desfonda y por lo tanto entrañados en la razón, sin los que la razón se des-entraña. Frente al ansia cartesiana y fenomenológica de ciencias demostrativas, *va siendo hora de afanarse no sólo por la demostración de la existencia, sino por la mostración de su insistencia*. In-sistencia y ex-sistencia son las dos condiciones necesarias para hablar de Dios.

Y finalmente nos parece que el último «maestro de la sospecha» en nuestros días es William James, el que hizo el positivismo pragmático, forma de utilidad enemiga de lo inútil. Por el pragmatismo se desprecia lo que es gratuito, y se lo identifica con lo superfluo; por el pragmatismo lo útil es presentado como bueno; por el pragmatismo se prefiere lo triunfador a lo perdedor; por el pragmatismo cada cual se ama a sí mismo a costa de lo que sea, de los valores más elevados y de los hombres más próximos. Por el pragmatismo, en fin, asegura William James: «En abstracto el santo representa el ideal más elevado, pero en la sociedad actual puede fracasar; por consiguiente es arriesgado hacerse santo» (2), y por ende James propone hacerse pragmático. Todo es *pragma*, lo divino y lo humano; todo se reduce hoy a escalofrío del sistema nervioso o a espasmo de la uretra. Son muchos los que ya aseguran con James que «fundamentalmente la religión es una reacción biológica» entre la inquietud y la liberación, «feeling acts and experiences of individual men in their solitude». Si el hombre es voluntad de creer («will to believe»), lo es como respuesta a una necesidad biológica y psicológica, no como exigencia de lo real ni como hecho objetivo, por ende estudiable en Departamentos de Estudios Religiosos, nunca en las Divinity Schools. Esta especie de narcisismo religioso para el que se cree religioso lo que me hace sentirme O.K., y sólo eso, se ha recrudescido desde el 1900 de William James. Ahora, cada vez más, lo religioso se hace autorreferencial, el sujeto se autodivina porque no se refiere, en su adoración, a ninguna realidad-otra-y-trascendente que me interpela y con la que me relacionó con fundamento de mi existir, sino porque me reporta un bienestar psíquico y sensorial, de forma que si el supranaturalismo puede insuflar nuevas fuerzas al mundo «las energías transmundanas, Dios si queréis, producen efectos inmediatos

(2) James, W: *Las variedades de la experiencia religiosa*. Ed. Península, Barcelona, 1986, pp. 280 ss.

en el mundo natural» (3). No hay aquí rastro de «descensus» alguno, ni de cruz, ni de solaridad, ni de amor. Lo absoluto del pragmatismo siempre reporta beneficios al consumidor, dividendos ante todo y en el caso contrario libro de reclamaciones. En la «economía de la salvación» por una moderada inversión (un acto de fe moderadamente difuso) se tiene derecho a todo: «En lo Absoluto, y sólo en lo Absoluto, *todo* se salva; si existieran dioses diferentes, cada uno preocupado por su cuenta, alguna parcela de alguno de nosotros quedaría al descubierto de la protección divina, siendo nuestro consuelo religioso incompleto» (4). O sea, que reuniendo en un panteón a todos los dioses —parecemos oír al *Gog* de Papini— y cerrando muy bien todas las ventanas no permitiendo rendija alguna por la que se escapara el menor geniecillo, todos estaríamos a salvo.

El secreto, pues, está en saber precaverse, el pragmatismo pide una Agencia de Seguros, un refugio antiatómico, o al menos un buen sistema de seguridad como el que le ofrece a cualquiera *Securitesa*, que vende y promociona sistemas de seguridad para puertas, puertas acorazadas y alarmas electrónicas. Este es su test al que le invita a responder: «aquí tiene una forma rápida de saber si su hogar se halla protegido debidamente cuando usted no está en él. Si no cumple alguna de estas condiciones usted haría bien en preocuparse: 1) ¿Tiene siete puntos de anclaje móviles? 2) ¿Tiene la cerradura refuerzos de acero? 3) ¿Tiene cilindro inviolable (antitaladro-antiganzúa)? 4) ¿Dispone de marcos y pernos reforzados? 5) ¿Lleva blindaje en todo su interior? 6) ¿Tiene un certificado de instalación correcta, extendido por un profesional? 7) ¿Existe una garantía que cubra el más mínimo defecto por un plazo de dos años? y 8) ¿Está cubierta por un seguro gratuito contra el robo, de hasta dos millones de pesetas?» ¿No? ¿Le falta algunos de estos «mandamientos»? Pues como todos ellos forman bloque, ¡Ay de usted!, ya puede empezar a perder el sueño y preocuparse por no estar debidamente preocupado, eterna cuestión pendiente del *American way of thinking*: ¿Seré yo suficientemente americano?

William James, como todos los maestros de la sospecha, también nos ha enseñado algo bueno: a desconfiar de ciertos temperamentos que confunden sus propios humores con el mundo exterior; es bueno, por otra parte, un mínimo de seguridad, y no por alardear más de radicalismo se es más serio. Pero de nuevo con lo mejor se ha ido lo peor: El hombre queda reducido a lo inferior en su fisicalismo extremo, y la obsesión de seguridad produce armamentismo y síndrome de Estocolmo, como hoy es tónica dominante. Los *perfeccionistas del desastre* proliferan como resultado de la obsesión pragmática y el candor de

(3) *Ibid.*, p. 389

(4) *Ibid.*, p. 391

Alicia en el País de las Maravillas se troca en la obsesión de *Al-y-Cía*. Toda forma de altruísmo benevolente tórnase en el imperio de lo aquíencial en mera *RISA* (Realizaciones Imposibles, Sociedad Anónima). No por casualidad ese urgente materialismo obsesivo se traduce en *pérdida de los valores heterorreferenciales*, que se reflejan en los nombres de los nuevos grupos musicales juveniles: Percebes, Benz, Tarzán y su Puta Madre, Markando Paquete, Próspero Peripé, Inspección Seminal, Tal y Pascual, Olor a Sobako, La Alpargata Torera, Grasientos y los Sebosos, Mínimo Interés, Pop Less, Phalos Antiniebla, etc. Nada de pasión militante, cuyo exceso tampoco era bueno; en todo caso se ha ido *del Kamikathe político al kamikafre estético, para terminar en el mero kamicatre o kamasutra biológico*. Para identificarse con una causa, en fin, basta con la Gran Resaca, al menos con la asistencia a una docenita de «actos» que al fin llevan al carnet. King Kong reaparece.

### III. POR UN MAGISTERIO DE LA INGENUIDAD

Aunque según venimos diciendo también los maestros de la sospecha han realizado aportaciones dignas de encomio, sin embargo, esa su sospecha se salda con un balance de desesperación cuando no se integra razonablemente en una perspectiva de gratuidad y de confianza en el Amor. Por eso creo que el cristiano que se precie de serlo (no por sus méritos, sino por la gracia de Dios) hará muy bien en incorporar a su cultura actual lo mejor de las tradiciones críticas, pero no lo peor, y de incorporar lo mejor en el bagaje cultural y cultural que le dan veinte siglos de fe comunitaria y muchos más de historia de la salvación. *Es el único camino para la catequesis del futuro, como lo fue en el pasado, cuyos dos movimientos son «Id y enseñad» y «Venid a mí todos los que estéis afligidos».*

Desgraciado del que alimentado sólo en el magisterio de la sospecha pretenda vivir una vida propositiva, cuando todo a su alrededor es niebla: ¿Qué le queda ya por destruir a la diselpídica, dispística y discaritativa filosofía sospechante de nuestros días? Dios, hombre, alma, sustancia, causa, mundo, todo se ha negado, y el resultado es una especie de enfermedad iatrogénica que ha empeorado lo que pretendía salvar con la pócima que pretendía curarlo. Es, pues, el caso de que todas las filosofías están en punto muerto, son harina de la misma farinácea, la del filósofo joven francés que afirma: «Dios ha muerto, el hombre ha muerto y yo no me encuentro nada bien». Esta sospecha universal encierra a la vida en una concha bivalva sin impulso novatorio, antes al contrario lleva a una angustia cósmica o pánica, cuya expresión es el movimiento estudiantil, el cual, sin salidas profesionales futuras, sin

sin pasado doctrinal normativo al que referir su vida, sólo cuenta con un presente inmanentista y solipsista lleno de malestar, pócima de la pésima farmacopea hodierna, a pesar de sus *varia et variopinta* escapates, silva de polimorfa elección.

Basta pues. *Hay que decir basta, y hacer punto y aparte.* Pero no por el camino de la retirada, ignorando a los maestros de la sospecha, sino incorporándolos a los *maestros de la ingenuidad cuyo paradigma son las Bienaventuranzas, y uno de cuyos exponentes privilegiados (evidentemente no el único) es Francisco de Asís, el poverello* (5). Por ponerlo como ejemplo tan sólo: desde una lectura que sepa discernir la sospecha, Francisco aparece como ingenuo maestro de una cristiandad renovada y a la vez idéntica.

Pero no se puede aspirar a vivir la lúcida ingenuidad (6) ni la gratuidad (7) sin un nuevo modo de vida, que por cierto es el de siempre para el cristiano. No se puede promover catequesis alguna si los agentes de pastoral no se mojan en la salsa de la pobreza, en la radicalidad en el compartir, en la alegría del sur (8). ¿Por qué en el 1986 la catequesis no caminó hacia el rechazo de la entrada de España en el Mercacomún —el más común de los mercados— y de la OTAN, su brazo armado? ¿Tanta ceguera, cómo es posible? Acaso se pretende evangelizar sin vivir evangélicamente? ¿Cómo ignorar que España y todo el continente europeo son lugares de misión? *¿Cuál es nuestro guindo, antítesis de la ingenuidad?*

Así pues, dos condiciones son precisas para la evangelización, y un postulado previo. El *postulado previo* es éste: No es posible creer a la vez en el Dinero, y su agente el Estado, con sus aparatos policiales y civiles, y la vez esperar la conversión. O Dios o el diablo. Nunca dar más al César que a Dios. Nunca partir de la política o la sociología para enfocar la fe, y desde luego menos que nunca si encima esa política o esa sociología proceden del universo del capitalismo. Sin este postulado previo no cabe tomar la salida, pues de lo contrario habría que recurrir permanentemente a él en una interminable *ratio rationis reddendae*.

*Y dos condiciones: Primera, seriedad con el diálogo fe-cultura.* Con el telón de fondo de una actitud donde la persona sea fin en sí misma

---

(5) Díaz, C.: *Ecología y pobreza en San Francisco de Asís*. Centro de Franciscanismo, Madrid, 1986.

(6) Díaz, C.: *Sabiduría y locura. El cristianismo como lúcida ingenuidad*. Ed. Sal Terrae, Santander, 1983.

(7) Díaz, C.: *Contra Prometeo. Una contraposición entre ética autocéntrica y ética de la gratuidad*. Ed. Encuentro, Madrid, 1980.

(8) Díaz, C.: *Al sur. Más allá de la OTAN de los cañones y del Mercacomún de las mantequillas*. Ed. Popular Canarias, Las Palmas de Gran Canaria, 1987.

abierta a los demás y a Dios (por tanto, no el final de sí misma) todo diálogo con la actualidad resulta imprescindible para evitar anacronismos y posmodernidades que son pismodernidades, la memez de la posmodernidad. *Segunda, cambio de vida, abandono de la esperanza en el capitalismo* que reduce el cosmos a cosmética, la antropología a trofología, la ética a dialéctica, la parenética a patética, la lógica a logística, y el «cogito ergo sum» al «coito ergo sum», en fin, la cultura de la corrección a la contracultura de la corrupción, el PC al Personal Computer, y la militancia a la tontancia tipo «aprópiate de tu espacio, pinta la Facultad», *pensiero debole* para narcisos: Hazte una foto y si sales es que existes, etc. Puro folklore de la sociedad posindustrial.

Si no se toma esa actitud y no se parte de aquella hipótesis, el resultado será la pérdida en el siglo XXI de lo que aún permanece (recuérdese lo perdido: el siglo XVIII, la intelectualidad, el XIX, la clase obrera, el XX la juventud), y lo que permanece aún, ojalá que también para el XXI, es la mujer. Pero ella exige con su inmensa dignidad de sujeto agente cambiar de rumbo, catequizar sin raquiticatecumenizar, trabajar hacia afuera sin miedo, en lugar de la catequesis por carioquinesis, mitosis o endocatequesis. Exige amar sin miedo y cambiar abandonando tanta y tanta instalación, o —como al árabe perdedor— no nos quedará otro remedio que el de llorar como mujer lo que no se ha querido defender como hombre. Y en esta tarea, tampoco hay ya hombre ni mujer, libre ni esclavo, gentil ni judío.